

EL OTRO, EL MISMO:

# EFRAÍN HUERTA COMO PROSISTA Y POETA

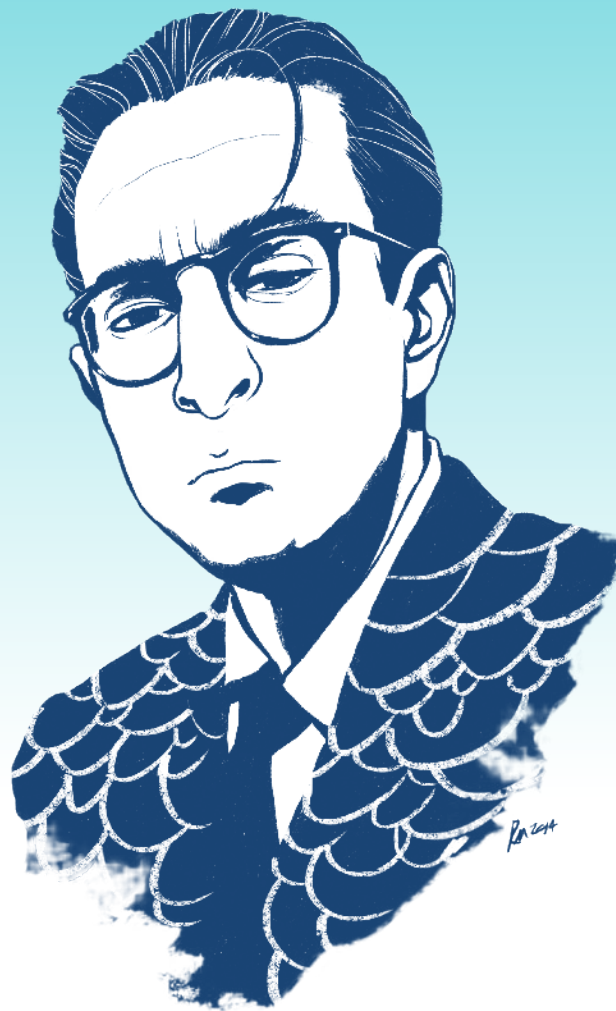


ILUSTRACIÓN: DAVID NIETO

♦ CARLOS ULISES MATA

**NACIDO EFRÉN HUERTA ROMO EN SILAO, GUANAJUATO, EL 18 DE JUNIO DE 1914, Y FALLECIDO EN LA CIUDAD DE MÉXICO EL 3 DE FEBRERO DE 1982, CUATRO MESES ANTES DE CUMPLIR 68 AÑOS, EFRAÍN HUERTA INICIÓ EL AÑO DE SU PRIMER CENTENARIO NATAL EN UNA CONDICIÓN EXCELENTE PERO NO ÓPTIMA; QUE RESULTA ENVIDIABLE A SIMPLE VISTA, PERO SÓLO LO ES EN APARIENCIA.**

En las páginas siguientes, reviso las razones que tengo para hacer esta afirmación, además de los signos que indican cómo las cosas habrán de cambiar de forma definitiva, precisamente bajo el auspicio conmemorativo del centenario.

Vayamos, entonces, por partes. Observemos, primero, que, en su poesía, la franja de su obra más conocida, Efraín Huerta cierra el círculo de su primera centuria

vital reconocido como un poeta clásico de nuestra modernidad. Decir esto significa que tanto quienes conocemos su obra como quienes tienen de ella una idea formada por la lectura ocasional o sólo a partir de su fama pública, tendemos a identificar a su autor esencialmente como un poeta, siendo ello más que suficiente para percibirlo como un autor indispensable en la historia de la literatura mexicana. Sumada a esa percepción, hay muchos indicios confirmatorios de la consagración principalmente poética del autor guanajuatense.

Primero, Efraín Huerta es un autor al que se edita con la propiedad, el rigor y la variedad que su obra exige. Doy tres ejemplos: *Poesía 1935-1968*, aparecido originalmente en Joaquín Mortiz, se reeditó por parte de la SEP en tiraje de 40 mil ejemplares y en menos de cinco años se agotó; *Poemas prohibidos y de amor* (Siglo XXI) alcanzó ocho ediciones en quince años; y, al fin, el volumen de la *Poesía completa*, preparado por Martí Soler en 1988, es uno de los pocos títulos de poemas que el Fondo de Cultura Económica ha reimpresso cinco veces en veinticinco años, en tres ediciones diferentes (la más reciente, de 2014, es la tercera), señales todas ellas de que Huerta forma parte de la rarísima especie de poetas que al mismo tiempo alcanzan la categoría de *bestseller* y la de *longseller*.

En segundo lugar —y si bien eso ocurría desde que él estaba vivo—, la poesía de Huerta tiene un lugar preponderante en todas las antologías de referencia de la poesía mexicana de los últimos 50 años. Doy cinco ejemplos de los que se desprende esa conclusión irrefutable: poemas de Efraín Huerta aparecen en las

**LA OBRA POÉTICA DE EFRAÍN HUERTA CIRCULA CON PROFUSIÓN EN UNA MULTIPLICIDAD DE REVISTAS LITERARIAS, SUPLEMENTOS CULTURALES FAMOSOS Y REMOTOS, FANZINES, PÁGINAS WEB Y BLOGS —LA MAYOR PARTE DE ELLOS JUVENILES, LA MAYOR PARTE DE ELLOS EFÍMEROS— EN LOS QUE NOTORIAMENTE SE DIVULGA LA PARTE MÁS RUDA, PROVOCATIVA Y DESMADROSA DE SU ESCRITURA POÉTICA.**

antologías de Manuel Maples Arce y en la de Antonio Castro Leal, de 1940 y de 1953, respectivamente, peleonera la una y conservadora la otra; están incluidos también en *Poesía en movimiento*, de 1966, seleccionada por Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis; en *La poesía mexicana del siglo XX*, también de 1966, hecha por Carlos Monsiváis; en el *Ómnibus de poesía mexicana*, de Gabriel Zaid, de 1971; y al fin, sus poemas aparecen incluso en *Museo poético*, de 1974, antología de Salvador Elizondo, un autor muy alejado a la visión de Huerta sobre la vida y la literatura, lo que hace más meritoria la selección.

En tercer lugar, el aire de los tiempos nos obliga a asentar otro indicio, poco tomado en cuenta hace diez años. Y es éste: la obra poética de Efraín Huerta circula con profusión en una multiplicidad de revistas literarias, suplementos culturales famosos y remotos, fanzines, páginas web y blogs —la mayor parte de ellos juveniles, la mayor parte de ellos efímeros—, en los que notoriamente se divulga la parte más ruda, provocativa y desmadrosa de su escritura poética, como las “Declaraciones” de amor y odio, “Juárez-Loreto”, el “Manifiesto nalgaísta”, y sobre todo los poemínimos. No cuesta trabajo darse cuenta que la preferencia por ese sector de su obra por parte de muchos lectores superficiales se utiliza para exhibir una presunta identificación halagadora con la auténtica rebeldía y el buen humor que tuvo como prendas indiscutibles Efraín Huerta. Y si bien esa identificación da testimonio de la conversión de Huerta en un personaje mítico que encarna ciertas expectativas humanas más allá de la poesía, también es cierto que, en varios aspectos, se ha

cumplido ya el riesgo señalado por José Emilio Pacheco, del que son responsables —si no es que *culpables*— los poemínimos. Pacheco lo dijo así: “Hablemos del peligro que representan los poemínimos: pueden ocultar los mejores poemas de Huerta, ponerlo en el indeseable papel que en cierta época se le confirió a León Felipe y algunos han querido darle al gran Jaime Sabines: ser el poeta predilecto de todas aquellas personas a quienes no le gusta la poesía”. Y agregó yo que eso pasa no sólo entre los lectores de a pie, sino también entre los comentaristas y críticos del medio periodístico y la academia, como puede comprobarlo ahora mismo quien *googlee* el nombre de Efraín Huerta en la red: hallará diez notas sobre los poemínimos por cada una sobre los *Responsos* o sobre *Los hombres del alba*.

Con todo y esa limitación crítica, una cosa es muy clara: si alguna vez Huerta llegó a ser, como pensó Carlos Monsiváis, un “poeta conocido de obra desconocida”, esa condición ha sido definitivamente superada. O para decirlo de forma resumida: en 2014 la poesía de Huerta se lee con alegría, con insistencia y hasta con devoción, como lo muestra el que algunos de sus poemas se hayan incorporado a la memoria popular; se acepta su doble condición de poeta mayor y de



antipoeta precursor, con muchos imitadores, pero sin discípulos, y se ve con naturalidad que sea uno de los pocos escritores mexicanos del siglo XX, en México y en el ámbito del idioma, cuya obra se identifica con la persona que materialmente la redactó, y al mismo tiempo con un personaje poético en el que conviven sin dificultad el poeta refinado, el poeta desmadroso, el luchador social e, incluso, el héroe cultural.

Ahora bien, precisamente por ser tan notoria la consagración de Efraín Huerta como poeta se hace más visible la desatención crítica, el olvido editorial y, en

una palabra, el desconocimiento en que se había tenido hasta ahora a su obra en prosa, realizada en la forma de artículos periodísticos, ensayos, conferencias, prólogos y notas de ocasión, surgidos de su sostenida condición de periodista caudaloso y combativo, a lo largo de cinco décadas.

Para decirlo de otra manera, la presencia del extraordinario poeta ha tenido el efecto de ocultar que Efraín Huerta fue *también* un extraordinario periodista; que fue *también* un apasionado y riguroso crítico de cine en todas sus categorías problemáticas; que fue *también* un lector de alcances abrumadores (en cuatro idiomas) y un comentarista muy original de libros y asuntos literarios; y, al fin, que fue *también* un militante

con unas ideas específicas que promovió y defendió por escrito en numerosos artículos, conferencias, ensayos unitarios e incluso en proclamas circunstanciales y en mítines.

Ese olvido o postergación se extiende hasta el grado —en cierta forma escandaloso, pero elocuente— de que hoy mismo, en este 2014 de su centenario, resulta extrañísimo toparse con alguien que no sea familiar suyo o se haya dedicado a estudiar la obra efrainiana que pueda citar algún título de Huerta en prosa, trátase de un libro, de un artículo o de una conferencia.

Las razones que explican el deficiente conocimiento,

disfrute y valoración que quiero mostrar son, por supuesto, múltiples y complejas, y propongo clasificarlas en tres categorías: 1) la desparpajada actitud de Efraín Huerta a la hora de considerar su obra en prosa; 2) lo que llamo “los caprichos de la posteridad”; y 3) la negligencia de los lectores y de los críticos (entre quienes me incluyo) acerca de esa parte de su obra. A fin de analizar cada una de esas categorías, y para continuar con las clasificaciones sumarias pero útiles, se impone decir antes que la obra en prosa de Huerta puede situarse en dos grandes capítulos (la

risa está permitida): la que se ha republicado y la que no. Quiero decir, y ya sin guiños al filósofo Perogrullo, por un lado la que se ha recogido en forma de libros y folletos luego de su primera publicación en revistas y periódicos; y por el otro la que sigue durmiendo el sueño de los justos, o se mantiene oculta o yace sepultada (las tres expresiones telenovelescas son justas) en las hemerotecas, a la manera de una entidad ubicua y fantasmal, que al mismo tiempo nos ofrece las imágenes de la dispersión y de la infinitud.

Con esa visión en mente, se pueden ya analizar las razones que explican la postergación de la obra prosística de Efraín Huerta. Revisemos, primero, lo que llamé líneas arriba la desparpajada actitud del autor con respecto a su prosa. Es sabido que el primer agente de la posteridad de un escritor es él mismo y con ese criterio puede decirse que Efraín Huerta fue el promotor más desatento de sí mismo que uno pueda imaginar. Para usar las palabras de José Emilio Pacheco: “Huerta no pensó mucho en el sitio que le reservaría el impredecible *hit-parade* de los muertos. Al despreocuparse por lo que aún seguimos llamando *posteridad*, no escribió memorias”. Y agregó yo: no sólo no escribió memorias, tampoco se ocupó de compilar en libros temáticos, genéricos o epocales su inmensa producción de artículos, ensayos, crónicas y conferencias, elaborada durante medio siglo.

Sin olvidar —y acaso eso lo descargue de responsabilidad— que su obra en prosa jamás fue concebida para configurarse en la forma de libros unitarios, Huerta esperó hasta los 64 años de su edad para dar forma a su primera compilación prosística. Su título, *Textos profanos*, editado por la UNAM en 1978, cuyo carácter variopinto más que restarle le confiere atractivo e interés, pero es sin embargo demasiado breve: apenas ocho textos y 96 páginas, entre las que destacan cuatro de sus llamadas “crestomatías”: escritos a los que Huerta impone un tema inusual pero llamativo —las cucarachas y las salamandras; el fútbol; las perfecciones corporales; los sonetos atípicos—, alrededor del cual acumula citas literarias, documentos poco conocidos, testimonios desorbitados y recuerdos personales, componiendo con ellos textos singulares, divertidos y, precisamente, crestomáticos.

## EFRAÍN HUERTA FUE EL PROMOTOR MÁS DESATENTO DE SÍ MISMO QUE UNO PUEDA IMAGINAR.

De manera obvia, desde las páginas iniciales de esa primera compilación se asoma el desparpajo huertiano. Para empezar, en lugar de llamar “prólogo” al escrito introductorio, lo titula “Proemito” y escribe ahí: “Por el rumbo del Periférico Sur de la Ciudad de México, existe un asilo para ancianos que se llama, oh delicia de hacer camino al andar, Nuestra Señora del Buen

Camino, o algo parecido. Los textos que aquí aparecen son viejos (*se habían publicado entre 1966 y 1975*), pero aún no alcanzan, creo, el derecho de asilo. En todo caso, yo llegaré primero que ellos”. Líneas adelante, luego de explicar de pasada y bromeando el contenido de la compilación, Huerta concluye con un anuncio: “Si el alado Paráclito me guía por el buen camino, espero recolectar más textos, algunos ‘cuentos’ y algo peor, para integrar otro pequeño volumen que podría ser motivo de la sana diversión de los buenos amigos que tampoco como poeta me toman en serio”.

Pocos meses después de la aparición de *Textos profanos*, Ambra Polidori le hizo a Huerta esta breve entrevista (*unomásuno*, 25 de mayo de 1979):

— Don Efraín, ¿qué nos dice de la crítica que se ha hecho a *Textos profanos*?

—Muy buenas notas, en general, pero unas demasiado solemnes, como si yo hubiera escrito algo así como un Apocalipsis. En general, comentarios muy generosos.

—¿Y cómo va su recolección de textos, “cuentos y algo peor” (como cita en su libro) para preparar otro volumen profano?

—No va. Recolectar textos impresos o conferencias equivaldría a realizar un trabajo monstruoso y no tendría tiempo ni para prepararme un *jaibol*. Pero algo se hará.

Al paso de tres años, en 1981 y de nuevo en la UNAM, Huerta puso a recircular otro puñado de textos, escritos entre 1956 y 1980. *Prólogos de Efraín Huerta* llamó a la compilación —más breve aún: 23 escritos en 54 páginas—, en la que, al amparo de su traviesa actitud, coló una decena de textos que no lo eran. Así explicó

su decisión en el prólogo a los prólogos: “Solicité y obtuve licencia para incluir en este cuaderno textos que no son precisamente prólogos. Hay muchos breves párrafos sobre pintores, a los que tampoco se les puede negar nada, y alguna discreta oración fúnebre. Parece, en suma, que el conjunto no resultó del todo desagradable”.

Como es obvio, otorgar prioridad a “la sana diversión de los amigos” y a la preparación de un *jaibol*, y poner en manos del espíritu santo la formación de un libro futuro no es la mejor manera de gestionar la fama y la posteridad. Y si a eso se suma el que los dos cuadernos se hayan publicado bajo un sello editorial de distribución perdurablemente desastrosa como la UNAM, el resultado no podía ser otro sino el olvido de aquellos escritos.

Fallecido Efraín Huerta en 1982, las cosas no cambiaron demasiado. Por el contrario, a partir de entonces se intensificó la intervención de lo que llamo “los caprichos de la posteridad”. Una de sus manifestaciones ocurrió alrededor del libro editado en 1983 con el título de *Aquellas conferencias, aquellas charlas*, compilación de nueve conferencias dictadas por Huerta casi 20 años atrás (en 1964 y 1965). En su momento, las conferencias se organizaron en dos ciclos, dedicado el primero a historiar con gran libertad lo que Huerta llamó “La hora de los Contemporáneos”, “La hora de Octavio Paz”, “La hora de los aficionados” y “La hora de nadie”, y consagrado el segundo a la novela, el cuento, el teatro y el ensayo. En este punto hay que decir que los escritos de las nueve conferencias estuvieron listos para ser publicados desde el inicio de la década de los años setenta y, sin embargo, como Huerta le contó a Beatriz Reyes Nevares en una entrevista posterior (*Siempre...!*, núm. 1300, 24 de mayo de 1978), el inexplicable desinterés de cierto editor impidió que su edición se consumara:

—Por último, Efraín: ¿No piensas en la edición de un libro de prosa, en que se podrían reunir algunas de tus crónicas de periódico?

—Sí, sí lo he pensado. Hace poco, quise reunir cuatro conferencias que dicté en el Instituto Hispanomexicano (calles de Tabasco). Eran sobre la novela, el cuento, el teatro y la poesía en nuestro

país. En total, son algo así como ciento y pico de cuartillas. Le propuse los textos a un editor joven —relativamente joven—, pero no me tomó en serio. Poco después supe que tampoco como poeta me tomaba en serio (...)

Tras esa extraña decisión del innostrado (e innostrable) editor, las conferencias —mala suerte o destino— se publicaron, como se dijo, de manera póstuma, en 1983, de nuevo en la UNAM, con un buen prólogo de Mónica Mansour, pero llenas de erratas y de nuevo condenando el libro a la invisibilidad.

Tras esa aparición, pasarían 23 largos años para que volviera a hacerse una nueva compilación prosística de Efraín Huerta, lo que ocurrió en 2006, a iniciativa de Guillermo Sheridan y como parte del “Proyecto para la documentación de la literatura mexicana” con sede en el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. El libro, titulado *Aurora roja. Crónicas juveniles en tiempos de Lázaro Cárdenas (1936-1939)*, es un conjunto de 101 textos de Huerta aparecidos casi 70 años atrás en los periódicos *El Nacional* y *Diario del Sureste*, acompañados de 683 notas y de un riguroso prólogo de Sheridan. Precisamente la rudeza de ese escrito dio lugar a un desacuerdo entre Sheridan y la familia del poeta, que no autorizó la publicación comercial del libro, planeado para aparecer en Ediciones ERA. La caprichosa posteridad volvía a hacer de las suyas y como efecto de su tornadiza voluntad, las 101 crónicas se vieron destinadas a aparecer en una edición no venal de la que sólo se imprimieron “cincuenta ejemplares fuera de comercio, destinados exclusivamente a bibliotecas públicas”, según la nota inscrita en la página legal. La consecuencia era previsible: los escritos ahí reunidos han sido citados en tesis y ensayos académicos, pero no se han leído con la abundancia y la ausencia de filtros polémicos deformantes que su calidad amerita.

Pero la historia no acaba ahí. En 2010, los investigadores Alejandro García y Evelin Tapia propusieron al Instituto de Cultura y a la Universidad de Guanajuato la edición de 127 artículos sobre cine publicados por Huerta en *El Nacional* entre 1947 y 1952. Con el título de *Close-up*, el nombre de la columna dominical semanal de donde los escritos procedían, se publicó entonces la compilación en dos tomos,

doblemente valiosa, por ser la primera que nos permitió asomarnos a la voluminosa producción sobre cine de Efraín Huerta y por contener decenas de escritos impecables. *Close-up*, sin embargo, sufrió (y sufre) dos adversidades: se editaron del libro sólo 500 ejemplares, pocos, incluso si se considera que estaban destinados a una difusión principalmente regional; y además, al tratarse de una coedición, los libros se repartieron para su distribución y venta, a razón de 250 y 250 ejemplares entre la Universidad y el Instituto, con el efecto de que una parte de los primeros sigue en una bodega y los segundos ya se agotaron, sin que el título pueda reimprimirse.

Como se observa, ni siquiera la publicación de los cinco títulos revisados, que suman más de 1200 páginas de prosa efrainiana (el doble de las que ocupan sus poemas) ha sido suficiente para vencer los azarosos efectos de una posteridad encaprichada en hacer prevalecer a Huerta sólo como poeta y en postergar su conocimiento como prosista copioso y de muy diversos registros cualitativos.

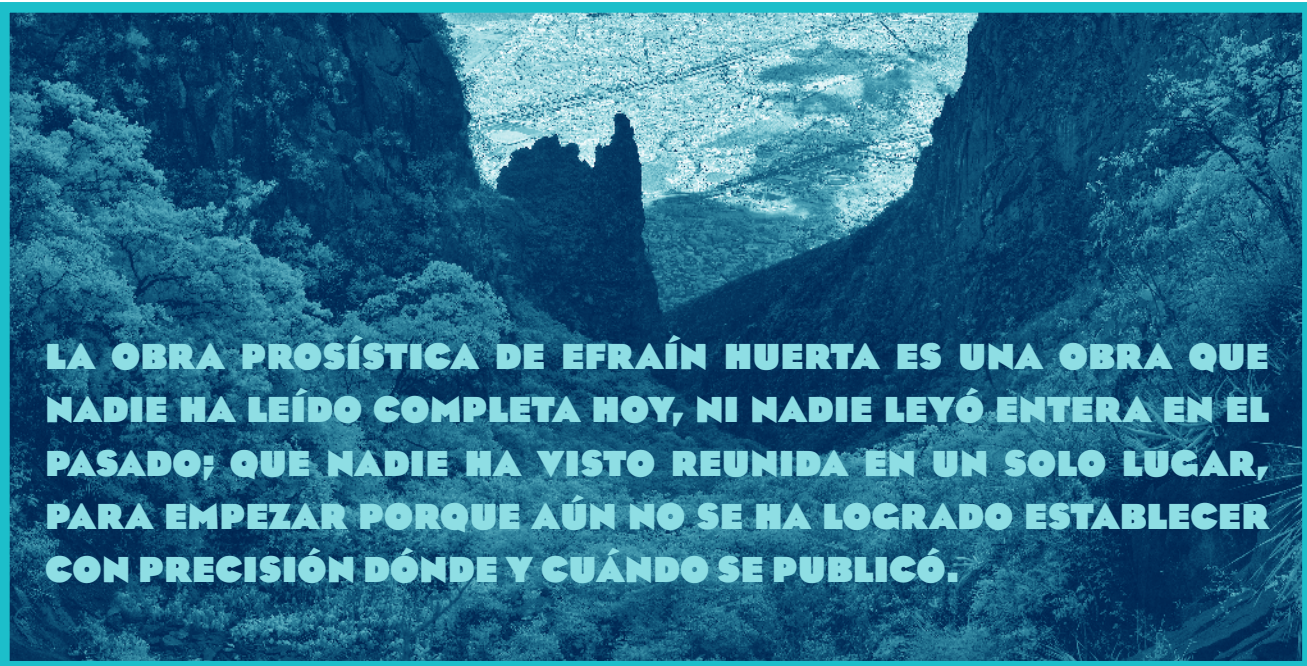
en las que la aritmética sirve como instrumento para lograr una estimación confiable sobre la dimensión, la variedad, la ubicación exacta, la vigencia y la calidad de las piezas que forman el continente oculto de la prosa de Efraín Huerta que sigue en espera de ser descubierto. Veamos.

Si bien fue publicada en 1997 y no se ha actualizado, la bibliografía más completa sobre la obra de Efraín Huerta sigue siendo hoy la elaborada por Aurora Ocampo y Laura Navarrete, incluida en el tomo IV del *Diccionario de Escritores Mexicanos. Siglo XX*. En ese volumen, la bibliografía de Huerta se extiende a través de 43 páginas y registra 1,382 entradas, considerando tanto los escritos de Huerta como los escritos sobre él y su obra. Si uno se concentra en los apartados que registran los textos en prosa de la autoría de Huerta —“A.1. Ensayos y prólogos” y “B.1 Hemerografía”—, se observará que consignan 644 escritos, entre artículos, crónicas y columnas, el más antiguo de 1937 y el último registrado de 1992. La cifra, aunque parcial, no es desdeñable; el problema es éste: si sólo se considera esa relación, pronto tendrá que aceptarse que aun frente a esa muestra incompleta nuestro conocimiento actual es deficientísimo. Los números son elocuentes: de esos 644 escritos, al iniciar 2014 sólo se había republicado una quinta parte. Es decir, los escritos correspondientes a más de 500 entradas de esa lista no los puede leer nadie hoy, a menos que renuncie a su trabajo, pida una beca, se encierre un año entero en la Hemeroteca Nacional, y los transcriba a mano, a la antigüita, pues en el venerable recinto las fotocopias de cada volumen cuestan 150 pesos.

La zona de sombra se extiende al recordar que, como es fácil sospecharlo, la bibliografía de Ocampo y Navarrete es muy incompleta. Doy varios indicios: incluye sólo 2 de los 101 artículos recogidos por Guillermo Sheridan en *Aurora Roja* (compilación que es en sí misma una selección); consigna artículos sobre cine de sólo una de las columnas que Huerta escribió en varios periódicos y revistas, siendo que tenemos noticia de por lo menos diez series; no registra las numerosas colaboraciones que Huerta firmó con el pseudónimo de “El Periquillo” entre 1940 y 1952; no menciona ni una sola traducción, y, aunque parciales, Huerta hizo muchas que intercaló en sus cartas, artículos y conferencias (de Supervielle, Montaigne, Éluard, Cocteau, Prévert),

Hecha la revisión de algunas de las causas originarias del desconocimiento de la prosa de Huerta que sí se ha rescatado, conviene analizar la suerte correspondiente al segundo grupo de escritos, el de los no republicados tras su aparición original.

Una manera de practicar ese análisis, elocuente a su manera, es mediante el examen de ciertas cifras puntuales y de algunas consideraciones estadísticas,



**LA OBRA PROSÍSTICA DE EFRAÍN HUERTA ES UNA OBRA QUE NADIE HA LEÍDO COMPLETA HOY, NI NADIE LEYÓ ENTERA EN EL PASADO; QUE NADIE HA VISTO REUNIDA EN UN SOLO LUGAR, PARA EMPEZAR PORQUE AÚN NO SE HA LOGRADO ESTABLECER CON PRECISIÓN DÓNDE Y CUÁNDO SE PUBLICÓ.**

además de traer del inglés y del francés textos periodísticos, entrevistas y pasajes de libros que divulgó en las páginas periodísticas que tuvo a su cargo, sin consignar casi nunca su autoría. Y en fin, es una bibliografía que tiene saltos de uno y hasta catorce años en los que sólo anota un artículo, cuando es sabido que Huerta no dejaba de escribir ni cuando viajaba o estaba enfermo. Sólo esa consideración —que cada día escribía algo y que escribió durante cincuenta años—, ha llevado a Raquel Huerta-Nava a proponer la cifra escalofriante de 10 mil escritos como volumen estimado de su producción prosística, sobre la base de 200 por año. Además de eso, la bibliografía de Ocampo y Navarrete, como toda elaboración de minucias que además se ve forzada a cerrarse en un corte, requiere rectificaciones y lleva más de dos décadas sin actualizarse (sus entradas más nuevas, se dijo, son de 1992).

Eso, en cuanto a la propia obra. Pero el panorama no es mejor si se toma la bibliografía de Ocampo y Navarrete como referencia para identificar lo que se ha escrito, opinado y juzgado sobre esa obra. Vista desde esa perspectiva, por la misma razón de ser un registro que se detuvo en 1993, la bibliografía tampoco da cuenta de las sustanciosas aportaciones críticas sobre la obra de Huerta producidas en los últimos veinte años, cristalizadas en decenas de ensayos, textos periodísticos, artículos académicos y tesis de

licenciatura, maestría y doctorado. En ese conjunto, claro, hay mucha paja, pero también escritos ahora ineludibles para “pensar a Efraín Huerta”, estando entre los más importantes, en mi opinión, los escritos de Cynthia Briones, Luis Vicente de Aguinaga, Emiliano Delgadillo, Diana Espinoza, David Huerta, Isabelle Pouzet, Alejandra Proaño, Vicente Quirarte y Guillermo Sheridan, beneficiarios, en varios casos, del estudio de los materiales que forman el “Archivo epistolar Efraín Huerta-Mireya Bravo”, depositado en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.<sup>1</sup>

Con el apoyo de estos datos, puede ofrecerse el siguiente balance: la obra prosística de Efraín Huerta es una obra que nadie ha leído completa hoy, ni nadie leyó entera en el pasado; que nadie ha visto reunida en un solo lugar, para empezar porque aún no se ha logrado establecer con precisión dónde y cuándo se publicó (y dónde y en qué condiciones se encuentra ahora), lo cual implica que no se ha hecho el inventario de los periódicos, las revistas y otras publicaciones en las que llegó a aparecer algún escrito en prosa de Huerta. En *Efraín Huerta: Absoluto amor* (1984), una compilación

<sup>1</sup> El archivo fue creado en 2002 gracias a una donación de Andrea Huerta Bravo, hija del poeta y dedicataria de *Los hombres del alba* y contiene ejemplares de las primeras ediciones de los libros de Huerta, recortes de numerosas publicaciones con poemas y artículos, y muchas páginas inéditas.

documental que todo amoroso de su obra debe conocer, Mónica Mansour presentó una lista (claro: incompleta) de veintidós publicaciones periódicas en las que Huerta colaboró con regularidad. Ese inventario, sumado a los avances de documentación de Raquel Huerta-Nava (aún no divulgados, pero amplios), constituye una guía utilísima. Sin embargo, falta precisar los nombres de las columnas y colaboraciones que en esos medios mantuvo Huerta, pues en ciertos periódicos escribió más de una a la vez —p. ej., en *Esto*, en el que se sabía que tuvo a su cargo las secciones “México Cinema”, “Cinema reporter” y “Aquí”, y donde Huerta-Nava descubrió una más de título precioso: “Polvo de estrellas”—. Por otro lado, en concreto sobre los escritos políticos, falta también saber si se reducen a los que firmó con su nombre o bajo pseudónimo en una decena de publicaciones (Julián Sorel, Juanito Pega Fuerte, El hombre de la esquina, Juan Dieguito, Roberto Browning, Juan Ruiz, El Periquillo, Loroescucha entre los que han sido identificados), y falta establecer su periodo exacto de aparición. Y claro, falta reunir materialmente esos textos: fotocopios, escaneados, transcritos en Word, en ejemplares originales de los periódicos y las revistas donde se imprimieron, en versión mecanográfica del autor, o en cualquier forma imaginable.

Llegados a este punto, acaso puede aceptarse ya que sin ser óptimo ni envidiable el estado editorial y crítico de la obra de Efraín Huerta a la llegada de su primer centenario natal, también es cierto que la situación es sobre todo estimulante y nos señala reflexiones y tareas para el presente y para el futuro. Son muchos quienes piensan que la primera de esas tareas consiste en emprender la ejecución de las obras completas (o casi, o “reunidas”, o “selectas” o “escogidas”) de Efraín Huerta.<sup>2</sup> Por mi parte, no comparto el prejuicio de creer que la reunión integral de la obra de un autor mejora siempre su legibilidad, aumenta su fama o representa el cumplimiento de una deuda moral. Y concretamente en el caso de Efraín Huerta sostengo que su legado no se vería favorecido con el destino de las obras completas. Por una razón fundamental: por

haber en esa producción acumulada de cinco décadas muchos artículos alimenticios y de ocasión, alguna decena de prólogos de conveniencia, numerosos textos de combate y maquinazos de circunstancia que vieron disminuida su importancia al disolverse la necesidad o la coyuntura que les dio lugar.

Sobre la base de esa creencia, al recibir del Fondo de Cultura Económica y de la familia Huerta-Bravo la responsabilidad de elaborar una antología de su obra prosística decidí guiarme por unas ideas y criterios sobre todo realistas y prácticos, aunque gobernados por un propósito superior irrenunciable: hacer accesible a los lectores una selección de la prosa de Efraín Huerta representativa de los variadísimos rumbos que recorrió, así como de los temas, rasgos y tonos que llegó a adoptar y la hacen distintiva, y eso sin importar si habían sido compilados previamente en folleto o libro, pues, a fin de cuentas, como se vio, ninguno de ellos es hoy mismo accesible.

Con esa intención, y por varias razones —la escasez de tiempo, entre otras—, opté por realizar *El otro Efraín. Antología prosística* de Efraín Huerta, a partir de tres grandes núcleos:

i) los escritos de importancia obvia, sea por pertenecer a la etapa de configuración de la generación literaria con la que se identifica a Huerta (la de la revista *Taller*, aunque también se recogen textos publicados en revistas anteriores, contemporáneas y posteriores), sea porque contienen apuntes valiosos en primera persona sobre sus ideas literarias y políticas y sobre la escritura de su obra (los prólogos y las entrevistas), o hasta por su rareza (*La causa agraria*);

ii) los escritos que el propio Huerta consideró como dignos de perduración más allá de su primer destino periodístico (por eso los reunió y editó), que forman grupo con los que quiso ver compilados e intentó publicar, en los que su visión del mundo y la literatura se redondea (las conferencias de 1964 y 1965); y al fin,

iii) los escritos sobre distintos temas —con predominio de la política y el cine—, rescatados por los investigadores que me preceden y he mencionado: Mónica Mansour, Guillermo Sheridan y Alejandro García, cuyos esfuerzos críticos y compilatorios ameritan ser reconocidos y ver multiplicados sus efectos, sobre todo ante la realidad ya mencionada del sombrío destino padecido por sus respectivas selecciones.

<sup>2</sup> Así lo cree, por ejemplo, Raquel Huerta-Nava, quien en la cuarta de forros de la compilación *Efraín Huerta. El alba en llamas*, preparada por ella (Tierra Adentro-Instituto de Cultura del Estado de Guanajuato, 2002), asentó esta declaración: “Urge una edición crítica de su poesía y urge la edición de sus obras completas”.



Ahora bien, ese solo universo, sin criba alguna habría formado un volumen monstruoso de más de mil páginas o dos librotres intimidantes de más de seiscientas cada uno. Ante esa observación, opté por elaborar, en primer lugar, una *antología de antologías*, pero sin tomar a las existentes como fuente documental, sino transcribiendo cada texto de su original, como efecto de lo cual se eliminaron centenares de erratas y se restituyeron frases y párrafos omitidos. Y en segundo lugar, me propuse hacer una *antología de lectura*, entendida como una selección de los mejores escritos de ese conjunto. Y ¿qué entiendo por *los mejores*? Los que más me gustan a mí y los que creo que pueden gustar a más lectores, asumiendo que el gusto es una facultad no sólo orientada por el placer, sino también por el interés cultural y disciplinario, por el deseo de formarse una visión sobre un personaje admirado y una etapa histórica crucial, por la búsqueda (mejor si colmada) de coincidencias con las propias opiniones y, especialmente, por la curiosidad desinteresada, sobre todo cuando la curiosidad encuentra recompensas a la altura de su rigor.

Guiado por esos principios, la antología que preparé y circula desde junio de 2014 consta de 176 escritos, distribuidos en siete secciones y en 675 páginas: 1) “Libros y autores”, con 52 textos que descubren al agudo lector que fue Huerta y abundan en sustanciosos apuntes autobiográficos; 2) “Párrafos sobre artistas”, una corta serie de 7 textos que revela su acercamiento crítico pionero a las artes plásticas; 3) “Crónicas líricas y urbanas”, conjunto de 21 escritos cuyo estilo y tesitura son los del poema en prosa; 4) “Cine”, conjunto de 54 textos plenos de erudición, humor y ácida ironía; 5) “Artículos políticos y de actualidad”, con 28 escritos que dan fiel testimonio de los planteamientos y los emplazamientos éticos, de las adhesiones, las necesidades, las polémicas y las disputas sostenidas por Huerta desde los 20 años y hasta su muerte; 6) “Prólogos”, con los 8 que en su vida escribió, divertidos e indispensables para entender sus decisiones poéticas (y éticas también); y 7) “Entrevistas”, con sólo 6 de las decenas que concedió

escribiendo las respuestas él mismo (recuérdese que en 1973 perdió la voz), en las que brilla el personaje entrañable, bromista, enterado, crítico y autocrítico que hizo de sí mismo.

Concluyo con un apunte alentador. El panorama de olvido, mala suerte editorial, indolencia crítica e intervención caprichosa de la posteridad sobre la prosa de Huerta, por fortuna parece que cambiará de manera radical bajo el impulso auspicioso del centenario. Los

**EL PANORAMA DE OLVIDO, MALA SUERTE EDITORIAL, INDOLENCIA CRÍTICA E INTERVENCIÓN CAPRICHOSA DE LA POSTERIDAD SOBRE LA PROSA DE HUERTA, POR FORTUNA PARECE QUE CAMBIARÁ DE MANERA RADICAL BAJO EL IMPULSO AUSPICIOSO DEL CENTENARIO.**

ejemplos son numerosos. Tras la publicación de *El otro Efraín. Antología prosística* (FCE, 2014, 4 mil ejemplares), Ediciones La Rana y la Universidad de Guanajuato publicaron *Canción del alba*, compilación heterogénea de relatos y “ensayos periodísticos”, seleccionada por Raquel Huerta-Nava y compuesta por 111 textos, 49 de los cuales no están ni en *El otro Efraín*, ni en *Aurora roja*. La propia Huerta-Nava preparó *Efraín Huerta en El Gallo Ilustrado* (Planeta, 2014), con 70 entregas de la célebre columna “Libros y antilibros”,

y anunció que tiene preparadas otras dos compilaciones: *Palabra en el cielo. Ensayos periodísticos 1936-1940*, más una selección de la columna “Cine y anticine”, a editarse ambas en la UNAM. Sumado a ello, revistas y suplementos culturales (*Proceso, Nexos, Revista de la Universidad, Tierra Adentro, Confabulario, Laberinto*), en ocasión del centenario rescataron crónicas, cartas y poemas desconocidos, indicio de la riqueza oculta que sigue si explorar. A su vez, Sergio Ugalde (COLMEX) y Antonio Cajero (COLSAN), tienen en marcha un proyecto de investigación y publicación antológica sobre los artículos publicados por Huerta en *El Popular* entre abril de 1940 y enero de 1942, en plena guerra mundial, en la columna “El hombre de la esquina”, cuya lectura descubrirá un perfil escritural poco conocido.

En una palabra: situados frente al continente de la obra en prosa de Huerta, en su centenario contamos con un mirador más firme y elevado desde el cual reconocer la ingente dimensión, la gran profundidad y las múltiples formas de sus zonas sumergidas. ●